

art buchwald

LAS CONVERSACIONES SOBRE EL DESARME

WASHINGTON.—Las conversaciones sobre el desarme van a proseguir en Ginebra. Soy un experto en el tema y puedo decirles que se desarrollan según unos cánones estrictos. Permitanme llevarlos a la sesión plenaria número 12.654, en el año 1994. El embajador norteamericano va a hacer una declaración, pero en vez de eso estornuda. Entonces, el embajador soviético, Groanyko, responde:

—Su propuesta es totalmente inaceptable para la Unión Soviética.

STONE.—Pero si yo no he formulado ninguna propuesta. Simplemente he estornudado.

GROANYKO.—Solicito un aplazamiento de cinco minutos para consultar con mis auxiliares.

El aplazamiento fue concedido y Groanyko se reunió con su personal. Les preguntó qué debía decir.

PRIMER CONSEJERO SOVIETICO.—Podríamos responderle "Gesundheit" (¡Jesús!).

GROANYKO.—Bien, pero, ¿cómo sabemos que el estornudo no fue una trampa para que lo dijéramos?

SEGUNDO CONSEJERO SOVIETICO.—Pero si no lo decimos y él se limitó realmente a estornudar, puede ser una gran victoria propagandística para el Oeste.

GROANYKO.—¿Pedimos tiempo para consultar a Moscú?

PRIMER CONSEJERO SOVIETICO.—No. Daría la impresión de que no tenemos una autoridad suficiente.

GROANYKO.—Creo que lo mejor es decir "Gesundheit", con reservas.

En efecto, al reanudarse la sesión, Groanyko dice:

GROANYKO.—Señor presidente, deseo responder al embajador de Estados Unidos.

PRESIDENTE.—¿Está de acuerdo el señor embajador?

STONE.—Sí.

GROANYKO.—"Gesundheit".

STONE.—Tengo que objetar algo a la propuesta soviética. Esta palabra no está dicha de buena fe. Mi Gobierno no puede aceptarla.

GROANYKO.—Me he limitado a decir "Gesundheit".

STONE.—Pido un aplazamiento de cinco minutos para discutir esto con mi colega británico.

Concedido el aplazamiento, Stone pregunta a su colega:

—¿Qué opina usted de todo esto?

EMBAJADOR BRITANICO.—Que no me gusta un pelo.

STONE.—Ni a mí. Es la primera vez que a un estornudo me responden "Gesundheit".

EMBAJADOR.—Si aceptamos esto, cuando un ruso estornude tendremos que responderle "Gesundheit".

STONE.—Si cedemos aquí tendremos que hacerlo en otros asuntos. ¿Y por qué cree que hablaron en alemán?

EMBAJADOR.—Esto es lo que me mosquea. Aquí hay gato encerrado.

STONE.—Suponga que yo digo "gracias" en el supuesto de que si aceptan el resto de nuestras proposiciones aceptaremos su "Gesundheit".

La sesión se reanuda y Stone dice:

—Deseo darle las gracias al embajador soviético por decir "Gesundheit".

GROANYKO.—Deseo dejar constancia de mi objeción a la declaración del embajador norteamericano e insisto en que no veo ningún cambio significativo en la actitud belicista de los Estados Unidos respecto a estas conversaciones.

(Copyright 1969, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service, Inc.—Agencia Zardoya.)

quienes nos planteen problemas —sólo en uno o dos teatros, claro— que, al parecer, los autores españoles, mentalmente débiles, no saben abordar, ¡a dónde hemos llegado, Señor! Porque en todos los países occidentales son los autores nacionales los que más abundan en las llagas, los que tocan más el fondo, justamente porque su creación es la más impregnada de connotaciones que afectan al espectador. El teatro nacional pone siempre su propio acento sobre la problemática que, en autores extranjeros, suele ser, o parecer, un tanto inespecial y abstracta. Precisamente, la relación entre las obras maestras de los autores extranjeros representados y las grandes creaciones nacionales es un aspecto importante del diálogo o comunicación cultural entre el propio país y el proceso general de la historia. Pero, ¿qué relaciones podríamos buscar a las obras españolas que han abierto la temporada? Si, sí, podríamos, tal vez, relacionarlas con el teatro de Rousín —que, miren por dónde, también acaba de estrenar en Madrid— si no se tratase de un tipo de relación que, culturalmente, no importa absolutamente nada. Todo está dentro del mismo saco y sirve exactamente para lo mismo. «Los más divertidos de Fulano de Tal», como dicen en el Infanta Isabel, sea cual sea su obra en cartelera.

¿De verdad merece la sociedad española ese doloroso trato? ¿De verdad

somos todos aquí tan cretinos que no podemos sostener y entender lo que sostienen y entienden en otros lugares? ¿De verdad nada tienen que decir seriamente de nosotros nuestros autores? ¿Está justificado ese pesimismo de los empresarios sobre la capacidad de los públicos? ¿Debemos considerar lógico el esfuerzo de tantos autores para inventar títulos tan increíblemente groseros y torpes? ¿Somos como nos retrata nuestro teatro?

Es obvio que no, porque en muchas cosas mostramos un despeje natural, un sentido de la lógica y una capacidad razonable de comportamiento. ¿Por qué hacer del espectador inteligente una especie de ave rara y minoritaria, con la que no es posible contar?

La temporada ha empezado. Y es bien sintomático que, mientras Madrid llena sus escenarios de general mediocridad, al Festival Internacional de Belgrado haya acudido una compañía española representando «Las criadas», de Genet, bajo la dirección de Víctor García. ¿Y qué iban a invitar, si no? ¿Esas graciosas comedias, que aburren incluso al crítico que las elogia rutinaria y paternalmente?

Este podría ser un voto para el teatro español de la temporada que empieza: que acepte, al elegir los autores o pensar en los públicos, que no somos tan tenazmente cretinos como las carteleras de los últimos años han hecho presumir. ■ J. M.

Más allá del amor y de la muerte

INTRODUCCION A ANDRE DELVAUX

Hace pocos meses se estrenaba, sin pena ni gloria, un film interesantísimo que la publicidad presentaba poco menos que como un subproducto del «lelouchismo»: «Una noche, un tren...» de André Delvaux. Se trataba de la segunda obra de un realizador belga cuyo primer trabajo, «El hombre del cráneo rasurado», se estrena ahora. «Una noche, un tren...» era, por varias razones, el tipo de film que debía haber tenido su salida en las salas de arte y ensayo. En primer lugar, por su dificultad de acceso respecto de un público indiscriminado. A continua-

ción, por tratarse de un film que requiere, absolutamente, su proyección en versión original, ya que uno de los problemas en él planteados es el de la ambivalencia lingüística del país en que se sitúa la acción. «El hombre del cráneo rasurado», afortunadamente, nos llega en su versión flamenco, y debería, dada su excepcional calidad, encontrar en el circuito en que se exhibe el éxito que «Una noche, un tren...» no halló en el llamado «normal».

Delvaux, profesor de lengua flamenco y también de dirección cinematográfica,



Delvaux y Adriana Bogdan, durante el rodaje de «Una noche, un tren...».